

Cuentas pendientes

-¡Maldita sea, Jim! –gritó Diago- ¡No hay forma de dejarlos atrás!

-¿Y qué esperas? Sus caballos son los mismos que los nuestros.

-¡Como se acerquen más nos van a convertir en cojines para flechas!

-Tranquilo –concilió Jim mientras echaba mano de su arma de fuego- Voy a meterles algo de miedo en el cuerpo.

Después de varias jornadas de marcha apresurada los guerreros de la tribu kushistaní habían dado con ellos y como se encontraban ya cerca de la frontera con Argos tanto el dúo como sus perseguidores habían emprendido una frenética carrera para cumplir sus objetivos. Cada metro que recorrían era un metro menos para estar a salvo de sus perseguidores, cosa que éstos sabían y no estaban dispuestos a consentir.

-¿Cuánto falta, Jim? –preguntó Diago preocupado.

-No estoy seguro, pero el paisaje ya me va dando esperanzas.

En efecto esa última jornada el paisaje estaba cambiando drásticamente. Dejando atrás el rocoso desierto en el cual habían desempañado su misión ante ellos podían ver a lo lejos el verde que les aguardaba en las seguras tierras de Argos. Pequeños bosques poblaban la región y asomando por el horizonte podían ver cómo despuntaba alguno de los más cercanos a la frontera. En ese instante cayó una flecha a pocos metros por detrás de sus caballos.

-¡Joder! –espetó Diago- ¡En breves nos van dejar finos!

-Me toca –dijo Jim mientras se tumbaba de espaldas sobre el caballo con el arma ya cargada.

Seguidamente centró en la mira al que parecía el cabecilla y cuando lo tuvo bien centrado apretó el gatillo. Tras oír la explosión Diago vio como su compañero se incorporaba de nuevo en la silla de montar y comenzaba a cargar su arma para el siguiente disparo.

-¿Y bien? –preguntó echando la vista hacia atrás.

-¿No crees que sobra preguntar?

-¿Cómo la vez que mataste a la contratante?

-Que estornudara justo en el momento de disparar era algo que no se podía prever. Además, que no se hubiera acercado tanto a su querido marido.

-Si al menos no le hubieras acertado en la cara.

-Eso le pasó por arrimarse. Poco le costaba limitarse a cogerle de la mano.

Otras tres flechas demostraron que les quedaba menos para quedar dentro del alcance de los arcos enemigos. En respuesta Jim volvió a tumbarse para efectuar otro disparo.

-Parece que no se asustan –comentó Diago en cuanto se alzó su mentor.

-Están demasiado cabreados.

Fue entonces cuando Diago pudo ver algo moviéndose en el horizonte.

-¿Qué es eso? –preguntó señalando la novedad.

-Es posible que sea una patrulla.

-Entonces estamos salvados.

-Si llegamos hasta ellos y resultan serlo sí.

-Como si tuviéramos más opciones.

-Venga, métele caña a tu caballo.

El dúo instigó a sus caballos con la esperanza de llegar hasta sus posibles salvadores con la esperanza de conseguirlo antes de ser abatidos por las flechas de sus perseguidores. A los dos minutos pudieron comenzar a distinguir a los jinetes que

avanzaban hacia ellos a toda velocidad, destacando el estandarte que los identificaba como pertenecientes a la orden de la cruz blanca.

-¡Bien! –exclamó Diago- ¡Ayuda!

-¡Venga, Diago! ¡Aprieta!

-¡Eso hago!

Ambos espolearon sus caballos hasta el límite mientras las flechas iban cayendo peligrosamente cerca. Después de unos momentos que se hicieron eternos la patrulla de guerreros santos ya era claramente identificable con sus tabardos y capas rojas y sus cruces blancas, contando Diago unos veinte.

-¡Diago, desenvaina tu arma! –ordenó Jim mientras se echaba su arma de fuego a la espalda.

-¿Vamos a echarles una mano?

-Venga, tienes que aprender a luchar a caballo. Prepárate para dar la vuelta.

Obedeciendo a Jim desenvainó su espada y esperó la orden de dar la vuelta mientras se acercaban rápidamente a la patrulla.

-¡Ahora! –exclamó Jim cuando estaban a apenas unos metros de los soldados de Cristo.

A la voz la pareja aminoró la marcha y cambió rápidamente de dirección para encabezar la marcha contra los jinetes de Kushistán.

-¿Y tu espada? –preguntó Diago- ¿Por qué no desenvainas?

-¡Tú calla y prepárate! No te me vayas a morir el primer día.

Inmediatamente comenzaron a acortar distancias a toda velocidad con sus oponentes. El problema que tenía Diago era que su espada se le hacía muy pesada para utilizarla con soltura a una mano, cosa para cual estaba entrenando. Sería más sensato utilizar la cimitarra que había conseguido, pero como no tenía práctica con ella prefería no jugársela. Su cambio de táctica fue recibido con una salva de flechas dirigida tanto a ellos como a los cruzados. Diago vio venir hacia él una de las flechas, la cual le acertó en el hombro izquierdo sin poder éste evitarlo mientras otra de las flechas rebotaba en el yelmo de Jim.

-¿Estás bien? –preguntó Jim mientras desfundaba sus dos pistolas.

-Tranquilo –respondió Diago apretando los dientes- No es nada.

Tras la salva los jinetes al darse cuenta de que faltaban segundos para el choque guardaron los arcos y desenvainaron sus cimitarras, alzándolas en alto mientras gritaban algo en su lengua. Contaba unos cuarenta, aunque no lo tenía muy claro. Al instante los dos mercenarios entraron en contacto con sus oponentes precediendo a los cruzados. Esperando tener el objetivo claro para no fallar Jim apretó los gatillos cuando dos jinetes se disponían a descargar sus cimitarras sobre él, cayendo ambos de sus monturas. Sin más dilación enfundó sus pistolas y desenvainó su espada para proseguir la lucha. Mientras Diago arremetió al galope contra el guerrero que tenía más cerca de su derecha lanzándole un potente golpe de izquierda a derecha, siendo detenido por la cimitarra de éste. A pesar de todo la fuerza del golpe hizo perder la compostura al jinete, así que el joven mercenario aprovechó para lanzar un golpe de arriba abajo, pero el excesivo peso de su espada le impidió hacerlo lo bastante rápido pudiendo detenerla su oponente.

En ese momento se le echó encima otro desde el lado izquierdo dispuesto a asestarle el golpe fatal, pero justo cuando lo hacía una lanza le atravesó el pecho y lo derribó de su montura mientras los pesados cruzados se estrellaban contra los ligeros nómadas. Pero su duelo no había finalizado, pues el guerrero enemigo seguía ante él. Éste, con un rápido giro de su cimitarra dirigió un veloz golpe hacia el costado de Diago, el cual, sin otra alternativa, se tumbó hacia atrás todo lo que pudo antes de recibir el golpe. La hoja rozó el cuero mientras el mercenario notaba un impacto en las

costillas, debido a lo cual no pudo evitar emitir un quejido. Dándose cuenta de que su nueva posición era idónea lanzó una estocada contra su oponente hundiéndola en su hombro derecho. Debido a ello el guerrero gritó de dolor a la vez que dejaba caer su arma al suelo debido a la pérdida del control del brazo. Sin perder el tiempo Diago extrajo la hoja a la vez que se incorporaba para lanzar una nueva acometida y acto seguido lanzó un golpe en diagonal que hundió la hoja en el pecho de su oponente, tras lo cual cayó de su montura. En ese momento los nómadas comenzaron a gritar y rápidamente dieron media vuelta para poner tierra de por medio, pues tenían claro que no eran rival para los caballeros.

En ese momento se fijó en el caballero que tenía a su derecha, el cual destacaba entre los demás por su altura inusual, ganando por una cabeza al más alto de sus compañeros.

-¿Puedo saber que es lo que os trae por esta zona tan peligrosa? –preguntó mientras se quitaba el yelmo.

Entonces pudo ver su melena rubia y sus rudas facciones. Era difícil errar identificándolo como un hombre del norte.

-Trabajo –respondió Jim.

-¿De parte de quién? –preguntó el hombretón.

-Del prelado de Pylaia.

El caballero meditó la respuesta al oírla mientras se mesaba la barbilla rasurada.

-¿Y cual era el encargo? –preguntó.

-Descabezar al grupo que nos perseguía.

-¿Y lo habéis conseguido?

-Por supuesto.

-¿Puedo saber como?

-Con una bola de plomo en el cerebro.

-¿Quieres decir utilizando el arma que lleváis a la espalda?

-Exacto, amigo mío.

-Es extraña, incluso para ser un arma de fuego.

-Eso es porque la he personalizado.

-¿Y vuestro compañero?

-Es mi mochilero.

-Vuestro escudero.

-Como preferiréis decirlo. Y ahora, si no os importa, nosotros marchamos a cobrar.

-Tranquilos, iremos con vosotros. Tan sólo esperad a que mis camaradas recojan el botín.

-De acuerdo, sea pues. Por cierto, ¿cómo os llamáis?

-Viggo. ¿Y vos?

-Se me conoce como Furión y mi pupilo es Diago.

-Encantado.

-Igualmente.

Llevaban ya dos jornadas de viaje, pero su destino estaba todavía a otras dos. Mientras Jim y Diago iban por delante del grupo.

-Es grande el norteño ese –comentó Diago.

-No es habitual ver norteños en una orden de caballeros.

-¿No debería ser noble?

-Si, debería serlo.

-Entonces debe serlo.

-Raro sería que le dejaran entrar sin más.

Cuentas pendientes
Martín Cativiela Calvo

- Yo creo que ese tendrá por ahí un hacha enorme.
- ¿Y qué te hace pensar eso?
- Es norteño y grande.
- Ya veo cuánto profundizas en las cosas.
- Ahora que me fijo, ¿cómo le demostramos al prelado que hemos liquidado al tipo?
- Tenemos varias formas.
- ¿Cuáles?
- Estos alazanes y los que han cogido esos caballeros, lo que le saqueaste tú al espadachín y lo más importante, Furión nunca falla un encargo.
- ¿Y lo de la mujer?
- Se lo merecía por arpía.
- Oficialmente, ¿no?
- Que poca confianza tienes en tu tutor. ¿Qué tal llevas las heridas?
- Bien, aunque la del hombro aún molesta.
- ¿Y la del vientre?
- A ratos, sobretodo si me muevo.
- Bueno, eso está bien. Ya te echaré un buen vistazo cuando lleguemos.
- Voy a necesitar unos cuantos remiendos en la ropa.
- Cuando lleguemos, Diago, cuando lleguemos.

Después de recorrer el camino que les quedaba se encontraban ya ante Pylaia, segunda ciudad de Argos, la cual se encontraba ahora rodeada por infinidad de tiendas y refugiados. Los acontecimientos del último año se habían hecho notar por todo el continente y Pylaia lo pagaba teniendo que acoger a una población mucho mayor de la que podía soportar, convirtiéndose tanto el interior como las afueras en un hervidero de gente.

- Y yo que la echaba de menos –comentó Diago.
- Mucha gente –siguió Jim- ¿No crees, Viggo?
- Demasiada –respondió éste.
- Ahora nos toca entrevistarnos con el prelado.
- Seguidme, os llevaré ante él.

La catedral de Pylaia era grande y suntuosa, como todas las que había en el Dominio. En los estados de Dios había que tener bien cuidados sus lugares de culto. Ante ellos tenían al prelado, el cual acababa de realizar sus labores espirituales en el santo edificio. Su rostro afilado y su pronunciada nariz aguileña no hacían sino aumentar la aprensión que Diago sentía por el eclesiástico. Había varios caballeros montando guardia a lo largo del perímetro de la nave mientras los dos mercenarios y el caballero se encontraban junto al contratante.

-Supongo que vuestra presencia se debe a que habéis realizado con éxito el encargo –comentó éste.

- Por supuesto.
- Veo que no habéis salido ilesos.
- El asunto se complicó, pero está resuelto.
- Entonces tomad vuestra recompensa –dijo el prelado mientras daba dos palmadas.

Inmediatamente se acercó al grupo un sacerdote que portaba una bolsa en sus manos.

- Tomad –continuó el prelado.

Tras tomarla en sus manos Jim la sopesó durante unos instantes.

-Esto no son dos mil monedas –comentó al terminar- Como mucho mil.

-Bueno –dijo el prelado con una sonrisa complaciente- Nuestra situación económica no es boyante precisamente estos días.

-¿Eso es todo?

-Tampoco nos habéis traído pruebas concluyentes del éxito de vuestra encomienda.

-¡¿Qué?! –exclamó Diago enojado- ¡Los jinetes que nos perseguían no lo hacían por nada y el saqueo les ha salido redondo a vuestros caballeros!

-¡Cállate, Diago! –ordenó Jim- Hemos cumplido con nuestra labor, prelado, y lo sabéis. Es una broma de mal gusto la que nos estáis haciendo.

-Eso es todo lo que recibiréis o guste o no y no hay más que hablar. Y ahora si me disculpáis tengo labores que atender –dijo el prelado antes de dar media vuelta y marcharse.

-¿Y tú no dices nada? –preguntó Diago al caballero.

-No tengo nada que decir, por mucho que no esté de acuerdo.

-Cierto –afirmó Jim- Será mejor que nos vayamos.

-Maldito cura de los cojones –espetó Diago- Me cago en su puta madre.

-¡Esa lengua, enano! –exclamó Jim mientras le atizaba un pescozón- Que estamos en la casa del Señor.

-¡A qué viene eso!

-Venga, vamos. Viggo –se despidió el mercenario.

-Espero que no hagáis ninguna tontería –puntuó éste.

-¡Serás hijo puta! –espetó Diago ya en la calle.

-Como se nota que aún tienes mucho que aprender.

-¿Y eso por qué?

-Como se nota que no has visto como te miraba el caballero del norte.

-Si a él no le he dicho nada.

-¿Cómo te lo digo? Semejantes improperios a un importante cargo eclesiástico en la casa de Dios y ante las narices de un caballero. Créeme, si no te hubiera dado esa colleja el gigantón te hubiera dejado la cara del revés de un puñetazo.

-Maldita sea, es que esa rata se nos ha reído en la cara.

-Venga, volvamos a nuestra posada, que tenemos que comer algo.

-Si. Ya echaba de menos algo que no fueran esas raciones de campaña.

Ante ellos tenían sus correspondientes asados, la especialidad de la casa, y una botella de buen vino para acompañar la comida. A Diago le faltó el tiempo para empezar a devorar el asado en cuanto lo pusieron sobre la mesa mientras que Jim se lo tomaba con más calma.

-¿Qué piensas hacer? –preguntó Diago cuando acabaron de comer.

Ambos estaban recostados en sus sillas saciados después de la suculenta comida. Entonces Jim sacó la bolsa que habían recibido como recompensa y se quedó contemplándola mientras la sujetaba del cordón que la mantenía cerrada.

-¿Yo? –preguntó- Nada.

-¿Es que lo vamos a dejar así?

-¿Quieres la recompensa?

-¿Yo? ¿Toda?

-Sí.

Cuentas pendientes
Martín Cativiela Calvo

- ¿Por qué?
 - Pregunta cómo.
 - ¿Cómo?
 - ¿Hasta que punto aborreces al prelado?
 - Ah, entiendo. Quieres que lo mate.
 - Yo no quiero nada.
 - ¿Entonces?
 - Tienes que aprender.
 - ¿El qué?
 - A matar.
 - Entonces tengo que matarle.
 - No tienes por qué.
 - ¿Y el dinero?
 - Será tuyo si lo haces.
 - Entonces tengo que hacerlo.
 - No estás obligado a nada. La decisión es tuya.
 - ¿Y qué me quieres decir con eso?
 - Diago, debes aprender a tomar tus propias decisiones, y sobre todo a comprenderlas. ¿Comprendes lo que supondría la muerte del prelado?
 - Se armaría un gran escándalo.
 - Eso de cara al público, pero... ¿Y en lo que respecta a nosotros?
 - Estaríamos en problemas si nos pillaran.
 - Si te pillaran.
 - ¿Entonces quieres que lo haga yo solo?
 - Te repito que no quiero nada. Eres tú el que quiere aprender. O no.
 - Claro que quiero.
 - Sea pues. ¿Vas a aceptar mi encargo?
- Ante la pregunta Diago meditó la respuesta unos instantes. Como poco iba a ser una labor complicada cuyo fracaso conllevaría funestas consecuencias.
- Está bien, acepto. ¿Algo que quieras decirme respecto al encargo?
 - Te ayudaré en la preparación, pero la ejecución será cosa tuya.
 - Entonces hoy no va a ser.
 - No, mañana realizaremos las pesquisas necesarias y seguramente será por la noche cuando hagas el trabajo.
 - También tendrás que llevar tu armadura a reparar.
 - Tranquilo, ya me encargaré yo de eso. Y de tu chaqueta. Mañana ya veré como llevar nuestro equipaje en los caballos.
 - Quitando la broma del prelado nos ha salido redonda la misión con esos corceles.
 - Eso si. Deberíamos ir a los baños.
 - Joder, con la soñera que me ha entrado.
 - Venga, no nos hemos hospedado en un hotel con baños para no utilizarlos.
 - Que manía con lo higiene.
 - Te recuerdo que aún nos quedan encima manchas de sangre, además de que debemos limpiar nuestras heridas y cambiarnos las vendas. Las tuyas ya deben de estar negras.
 - Ni que me fuera a morir por eso.
 - No sabes tú cuántos han muerto por eso.
 - Ya, pero es que no me apetece nada ahora.
 - ¿No te apetece relajarte a remojo en agua caliente?
 - ¿Tienen aquí? –preguntó Diago sin ocultar su interés.

- Claro que tienen.
- ¿Entonces a qué esperamos?

Ambos se encontraban en una estancia caldeada por el vapor que se desprendía de las aguas calentadas por el fuego que había bajo ellas.

-Pues sí que las tenías negras –comentó Jim mientras se sentaba en un taburete.

-Exagerado –respondió Diago mientras hacía lo mismo.

Los dos estaban desnudos, cubiertos tan solo por los vendajes, los cuales llevaban ya sobre sus cuerpos más tiempo del necesario.

-¿Qué tal la herida del vientre? –preguntó el veterano a la vez que se iba quitando las vendas.

-Aún me duele. ¿Y tus heridas?

-Poca cosa. Nada como mi armadura.

-Supongo que no vas a dejar en manos de un herrero tu preciado montón de chapa y cuero.

-La echaría a perder. Lo que es ir tendré que ir a alguno, pero nadie más que yo puede tratar mi armadura en condiciones.

-¿Nadie más?

-Bueno, alguno hay.

-¿Tus compañeros de banda?

-Sí, hace ya tiempo que no los veo.

-¿Cuándo los dejaste?

-Cuando fui a buscarte.

-Cierto, ya no me acordaba. Pues si que tienes que apreciar a mi padre para dejarlos y salir a buscarme.

-Ya ves.

-¡¿Y por qué no vino él?! –exclamó Diago visiblemente irritado- ¡¿Por qué siempre pasa de mí?!

-Tu padre es un hombre con muchos secretos. Hasta yo se poco de él.

-¿Y aun así confías en él?

-Hemos vivido muchas cosas juntos.

-¿Entonces por qué sabes tan poco sobre él?

-Ha llovido desde entonces, Diago. Teníamos tu edad cuando comenzamos nuestras andanzas.

-¿Y no hay alguien que sepa más sobre mi padre? ¿Cómo por ejemplo a qué se dedica? Porque tú no me has aclarado mucho.

-Gregor. Que yo sepa es el que más contacto tiene con tu padre.

-¿Gregor? Te lo he oído nombrar alguna vez.

-Iba con nosotros en nuestra época de andanzas. Tiene un corazón de oro.

-Vaya, para que digas tu eso sobre alguien tiene que ser verdaderamente bueno.

-Lo es.

-¿Y dónde está?

-En Tol Rauko.

-¡¿Qué?! –exclamó Diago con los ojos como platos- ¡No puede ser! ¡Tol Rauko!

-Antes de que te pongas a pensar cualquier tontería te diré que es templario. Y uno de los mejores por cierto.

-¿Tiene también tu edad?

-No, él era el mayor del grupo. Tendrá unas cuantas canas más que yo. Anda, vamos a ponernos a remojo. Hay que lavar estas heridas.

-Sí, que ya tenía ganas.

A la voz ambos se levantaron y se dirigieron a las piscinas de agua caliente, en las cuales había ya una decena de hombres relajándose.

-¿Y cómo era mi padre entonces? –preguntó Diago mientras se introducía en el agua- En vuestros buenos tiempos.

-Él era el intrépido del grupo.

-¿Y tú qué eras entonces?

-¿Yo? El Don Juan.

-Porque tú lo digas.

-Ya sabes que no hay mujer que se me resista.

-Tengo que ir a mear –indicó Diago mientras se levantaba.

-Espera –dijo Jim- Acércate.

-¿Por qué? –preguntó mientras obedecía.

Acto seguido el veterano mercenario apartó los labios de Diago para poder ver su dentadura.

-No cuidas mucho tu boca –comentó mientras los ojeaba.

-Eso es porque no tenemos con que cuidarla.

-Claro que tenemos.

-Vete a la mierda.

-Si no lo haces te pueden pasar cosas muy feas en la boca.

-Ya lo sé, pero en Lucrecio había cosas para esto.

-¿Hace ya dos años que no estás en Lucrecio y aún no te has acostumbrado?

-Sigue sin hacerme mucha gracia.

-Igual me da, así que ya sabes. Coge una de esas palanganas y a lo que toca. Y ponte dónde te vea.

-No te quejes si algún día te mato.

-Venga, o no te dará tiempo de bañarte.

Obedeciendo a su tutor el joven mercenario cogió una de las palanganas que había apiladas a un par de metros de él y descargó en ella su vejiga.

-Recuerda –dijo Jim- Primero la boca y luego las heridas.

-¿Y tú qué? Aquí hay para los dos.

-Prefiero la mía.

-¿Y a esos hombres de ahí no les parecerá mal?

-Lo que estás haciendo es propio de hombres pudientes en esta tierra, así que dudo que lo vean como algo malo.

Diago emitió un gruñido antes de mirar su orín ondeando en la palangana y deseoso de acabar con eso cuanto antes acercó sus labios al líquido para sorber un poco y acto seguido comenzó a enjuagarse la boca.

-No pones buena cara –comentó su mentor.

El joven respondió ante el comentario dirigiendo una mirada asesina a su maestro a la vez que no podía evitar que su rostro reflejase el mal sabor que estaba teniendo que soportar mientras ejercía su higiene bucal. Cuando consideró que el líquido había pasado ya el tiempo suficiente en su boca lo devolvió a la palangana con gran alivio.

-¿Puedo lavarme ya la boca?

-No, aún no. Déjalo estar un rato.

-Esto lo haces por joder, ¿verdad?

-Venga, ahora las heridas.

Seguidamente Diago se puso de rodillas, dejó la palangana en el suelo y, mojó las manos con el orín, comenzó a frotarse las heridas.

-¡Joder! –espetó- ¡Cómo escuece!

-Venga, llorica.

- Vete a la mierda.
- Ahora al sumidero, ¿no? –preguntó una vez huno acabado.
- No hace falta ni que lo preguntes.
- Igual lo querías tu –indicó sonriendo.
- Anda, títalo.
- ¿Sabes? Podría tirártelo por encima.
- No te atreverías.
- ¿Ah, no?
- Créeme, no te gustaría lo que te hiciese.
- Ay, que poco sentido del humor tienes –comentó Diago mientras vaciaba la palangana en el sumidero.
- Seguidamente comenzó a introducirse en las relajantes aguas.
- Tranquilo –lo detuvo el veterano- Tienes que esperar un poco.
- ¡Joder, Jim! ¡Estoy empapado de meada!
- Tienes que esperarte. Pon mientras los pies a remojo.
- Que remedio –admitió mientras lo hacía.
- ¿Por qué te has dejado esas greñas?
- ¿Qué?
- Que por qué te has dejado esas greñas. En el ejército tenías el pelo corto.
- No se. Me gusta cómo me quedan.
- Así pareces un desharrapado.
- Envidioso.
- ¿De ti? No pocas mujeres han caído rendidas a mis pies. ¿Puedes decir tú lo mismo?
- Tranquilo, que no hay prisa. ¿Y no vas a sentar la cabeza?
- ¿Lo dices por algo exactamente?
- No se, ¿no piensas tener hijos?
- Para eso no hace falta sentar la cabeza.
- ¿Entonces tienes hijos?
- Y no pocos si lo he hecho bien.
- ¿Y qué se supone que has hecho? –preguntó Diago sin poder ocultar su asombro.
- Bueno. Digamos que he ido plantando semillas allá por donde pasaba.
- Andanda. Y parecías tonto cuando te conocí.
- Tú si que eres tonto, enano. Venga, métete al agua, que ahora soy yo el que va a mear.
- Nada más oír las palabras de su mentor Diago ya se encontraba sumergido hasta el cuello.
- Aprovecha –dijo Jim mientras se aplicaba la orina- En un rato nos iremos a dormir, que mañana toca madurgar.

- ¿Qué es lo primero que vamos a hacer? –preguntó Diago.
- Se habían levantado temprano para poder aprovechar al máximo el día. A pesar de la hora las calles bullían de gente que no tenía en dónde meterse a causa del exceso de población que llevaba soportando la ciudad durante los últimos meses. Debido al buen tiempo que hacía no habían tenido que llevar las chaquetas y menos aún la armadura. Jim se había limitado a echarse al cinto su espada y Diago había cogido sólo las armas que le había arrebatado a su difunto oponente.
- Primero deberíamos averiguar la rutina que sigue nuestro objetivo –indicó Jim.
- ¿Vamos a seguirle todo el día?

-No, no hace falta. Sabiendo dónde vive sobornaremos a alguno de los criados para que cante.

-¿Estarán dispuestos?

-Con poco mal que los trate su jefe poco dinero habrá que soltar.

-Entonces vamos, no hay tiempo que perder.

Llevaban ya unos minutos observando la mansión a la espera de la salida de algún sirviente que fuera a hacer recados cuando la fortuna les sonrió saliendo por la puerta principal una mujer camino al mercado. Por la vestimenta quedaba claro que era una sirvienta de la casa.

-Vamos, Diago –ordenó Jim.

-¿Qué vamos a hacer? –preguntó éste mientras se ponían en marcha.

-Hablar con ella.

Durante un breve recorrido la siguieron a cierta distancia hasta llegar al más que tumultuoso mercado. Cuando la muchacha se detuvo a ojear unos artículos de un tenderete aprovecharon para abordarla.

-Buen día, señorita –saludó el viejo mercenario con una sonrisa encantadora.

-¿Perdón? –preguntó ésta confundida al girarse.

-Quisiéramos hablar con usted si no es inconveniente.

-¿De qué quieren hablar conmigo? –preguntó desconfiada.

-De una oferta suculenta.

-¿No pretenderán que haga nada deshonesto?

-En absoluto, señorita. Tan sólo charlar un rato.

-¿Seguro?

-Claro, venga a tomar algo con nosotros.

-No se.

-Venga, no pierde nada por tomar algo. Tan sólo unos minutos de su tiempo.

-Está bien, pero no pienso seguirles por ningún callejón ni ningún sitio extraño.

-Tranquila, podemos ir al local que prefiera.

-Entonces seguidme.

En ese momento quitando las espadas que llevaban a la cintura el aspecto del dúo era de todo menos amenazador, más bien parecía dos galanes de clase baja. Además de eso Jim tenía mucha labia para comunicarse con el sexo opuesto, cosa de la que Diago no podía presumir. Más que nada lo que le costaba era coger confianza con la gente. Después de abrirse paso entre el tumulto a lo largo de la avenida la joven se introdujo en un local de aspecto moderno con grandes ventanas de cristal a través de las cuales podía verse el local entero, cuyo interior estaba repleto de pequeñas mesas circulares y sillas de metal con cojines para las posaderas.

-Esto será de todo menos barato –comentó Diago en voz baja mientras entraban.

-Eres un rata, enano –respondió su mentor.

Seguidamente la chica se sentó al lado de una de las mesas que estaban al lado de la ventana.

-¿Aquí sirven café? –preguntó Jim mientras se sentaban.

-El mejor de la ciudad –respondió la joven.

-Veo que tienes buen gusto.

En ese instante un camarero se acercó al grupo.

-¿Qué desean los señores? –preguntó con cortesía.

-El mejor café que tenga para los tres –indicó Jim.

-Marchando –dijo el camarero mientras se alejaba.

-Vaya, veo que no es usted de los que se aprietan el cinturón –comentó la muchacha.

-Me gusta disfrutar de los placeres de la vida.

-¿Y de qué quería hablarme?

-Queremos información.

-¿Sobre qué?

-Sobre su señor.

-¿Qué quieren saber sobre el prelado?

-Su rutina. O mejor dicho cuándo está en casa que rutina tiene en ella.

-¿Qué pretenden hacer? –preguntó la muchacha asustada.

-Nada. Es más, esta reunión no está teniendo lugar.

-No comprendo.

-Verá, señorita. Le estamos dando la oportunidad de ganar una suma cuantiosa.

En ese momento el camarero dejó los cafés calientes sobre la mesa.

-Aquí tienen –dijo mientras los iba depositando antes de irse.

-¿Y si me niego a su oferta? –preguntó azorada.

-No pasará nada. Como le digo esta reunión no está teniendo lugar. La única diferencia es que usted puede ganar mucho dinero o no ganar nada.

-¿Y qué quieren hacer con mi señor?

-Ha hecho algo que no debía.

-¿El qué?

-No cumplir con su palabra.

Tras las últimas palabras la chica se quedó meditando durante un momento, el cual aprovechó Jim para echar un sorbo de su café. Mientras Diago iba bebiendo del suyo y observando en silencio cómo trabajaba su mentor.

-Revitalizante –comentó Jim- Verá señorita, lo que deba pasar pasará. Así que yo le recomiendo que aceptar la oferta y por lo menos salir ganando en esto.

-¿De cuanto estamos hablando?

-Ponga un precio.

-No se –dijo la muchacha pensativa- Doscientas monedas de oro.

-Cien.

-¿No me ha dicho que ponga un precio?

-Tendrá que regatear a menos que quiera aceptar lo que le ofrezco.

-Ciento ochenta.

-Ciento veinte.

-Ciento cincuenta.

-Hecho.

-¿Hecho?

-Sí, hecho. La mitad ahora y la otra mitad la recibirá cuando pase lo que tenga que pasar.

-No se si fiarme.

-También puede no ganar nada.

-Está bien, ¿cómo me lo darán?

-Tranquila, le llegará. Y ahora podría comentarnos algo que nos sea de utilidad.

-Mi señor pasa fuera todo el día y vuelve a casa al anochecer.

-¿Y qué hace cuando se encuentra en casa?

-Gusta mucho de pasar la mayor parte del tiempo en su santuario.

-¿Su santuario?

-Si, tiene una inmensa biblioteca en los sótanos de la casa, y es allí donde se mete a pasar el rato. Sospecho que hay mas cosas allí dentro, pero sólo deja entrar a algunas personas.

-¿Los criados no podéis entrar allí?

-No, no nos está permitido.

-Eso me suena bastante mal –comentó Diago.

-Tranquilo, enano. ¿Y duerme allí?

-No, lo hace en el dormitorio de la primera planta. La puerta está frente a la del santuario.

-¿Pero no estaba en el sótano?

-Baja hasta abajo, pero el acceso está en la primera planta. La verdad es que la casa en sí es extraña, pues es como si estuviera construida alrededor de otro edificio.

-El santuario de tu señor.

-Si, así es.

-¿Y quién más lo sabe?

-Pocos. Que yo sepa ahí ha entrado algún miembro de la iglesia, algún caballero y algún que otro tipo que no conozco.

-Eso huele a chamusquina, Jim –reiteró Diago.

-¿Es que tienes miedo? –preguntó Jim en tono burlón.

-Empiezo a preocuparme.

-Tranquilo, ¿qué puede tener ahí?

-¿Qué puede haber en una simple caverna en las montañas?

-Dudo que tenga algo así ahí dentro.

-Pero algo puede tener.

-¿De qué estáis hablando? –preguntó la muchacha confundida.

-Nada –respondió Jim- Cosas nuestras. Entonces, ¿lo vas a hacer o no, Diago?

Ante la pregunta el joven mercenario meditó la respuesta unos instantes sopesando los nuevos factores que entraban en juego.

-Está bien –afirmó en cuanto estuvo decidido- Lo haré.

-Bien. Entonces prosigamos. ¿Podría facilitarle a mi compañero el acceso al edificio?

-¿Eh? –preguntó la joven sorprendida- No se.

-¿Y mejorando la oferta?

-Bueno. No sería la primera vez que colara un chico en la casa.

-Vaya, es usted toda una picarona.

-Eso no es de su incumbencia, caballero.

-Por supuesto, faltaría más.

-Entonces es su joven amigo el que va a colarse en la casa –comentó mientras examinaba a Diago con la mirada.

El joven mercenario se fijó entonces en esos ojos azules que le escrutaban como si de mercancía se tratara. Aunque la situación tenía su encanto tenía claro que aún debía acostumbrarse al negocio, al menos a esa parte. Lástima que el gorro del uniforme de sirvienta ocultara su pelo. Así no podía saber si el cabello conjuntaba con los ojos. Por lo menos tenía una cara bonita.

-En efecto. Será él quien realice la labor –aclaró el veterano.

-Bien. Me pagaréis trescientas monedas de oro.

-Eso es mucho.

-Yo también me arriesgo mucho colando a un asesino en la casa y no pienso regatear el precio.

-Está bien. La mitad ahora y el resto cuando esté hecho. ¿Conforme?

- Conforme. Entonces que venga el joven a las once a la parte de atrás.
- ¿Es esa la hora a la que vuelve el prelado?
- No, pero es cuando anochece. Por cierto, ¿cómo se llama su joven amigo?
- Se llama Diago –respondió Jim al ver que su pupilo no lo hacía.
- Es un poco callado –comentó la muchacha.
- Si, algo tímido.
- ¿Nada más que aclarar? –preguntó Diago saliendo del silencio.
- Tendréis que pagarme más por la ayuda adicional –aclaró la joven.
- ¿Y de cuánto estamos hablando? –preguntó el veterano.
- El doble de lo prometido.
- Con doscientas ya tiene la vida solucionada, señorita.
- Pues quiero más.
- ¿Sabe usted que la avaricia rompió el saco?
- ¿Qué quiere decir con eso?
- Que no es bueno mangonear a quienes valoran una vida con dinero.

Ante la última respuesta la chica no pudo evitar ponerse pálida consciente ya de con quién estaba tratando.

- ¿Doscientos entonces?
- Si –respondió asustada- Doscientos estará bien.
- ¿Trato hecho entonces? –preguntó Jim tendiéndole la mano.
- Trato hecho –respondió la criada cogiéndola.
- Bien, aquí tiene su dinero –afirmó el veterano mientras preparaba una bolsa con el dinero y se la daba.
- Gracias. Lo dicho, a las siete en la parte de atrás de la casa.

-Ahora toca hacerse con las herramientas para el oficio –comentó Jim mientras iban en busca del comercio adecuado.

- ¿Y cuales van a ser?
- Una daga y algo con lo que taparte la cabeza.
- Con cualquier daga debería valer.
- En absoluto. Quiero que parezca que ha sido obra de los enemigos naturales de nuestro amigo.
- ¿Los de Kushistán?
- En efecto. No es la primera vez que asesinan a un miembro de la iglesia.
- ¿Y lo de taparme la cara?
- De nada servirá dejarles el puñal de recuerdo si luego te ven la cara.
- Entonces tendré que dejar ahí el puñal.
- En el cadáver o al lado, igual me da. Con que quede claro que lo han matado con él será suficiente.
- ¿Entonces vamos a comprar un turbante para taparme la cara?
- Tú lo has dicho.
- Una cosa más. ¿La bolsa de la que has sacado el dinero no era la de mi recompensa?
- Lo era.
- ¡Serás mamón!
- Tienes que aprender que parte del beneficio ha de usarse para cubrir gastos.
- ¡Como empieces a recortarme la recompensa el encargo te lo podrás meter por el culo!
- Esa boca. Venga, vamos.

Tras un rato de búsqueda el dúo acabó dando con lo que buscaba. Sobre el mostrador de una de las tiendas del bazar estaba a la vista del público un ornamentado puñal curvo.

-Veo que les ha llamado la atención, señores míos –dijo el vendedor, el cual era de etnia tallar, destacando además entre los otros mercaderes por el turbante que llevaba en la cabeza.

-Arriesgada es vuestra estancia aquí –respondió Jim.

-El que algo quiere ganar algo ha de arriesgarse.

-Muy cierto. Si que nos ha llamado la atención ese singular puñal que tiene ahí.

-Y con razón. Es un puñal magnífico. Una bella obra capaz de conseguir lo que no puedan mil espadas.

-Y que lo diga. ¿Cuánto pide por él?

-Quince monedas de oro señor.

-Yo diría que vale menos.

-En absoluto, señor. Le estoy haciendo una gran oferta con este precio.

-Cinco.

-¿Cómo puede? Catorce.

-Seis.

-Trece.

-Siete.

-Doce.

-Ocho.

-Once.

-Nueve.

-Diez.

-Diez estará bien.

-Sea pues, adjudicado por diez monedas de oro.

Mientras Jim y el mercader realizaban el intercambio Diago pensó en el poco uso que iba a darle a sus dos nuevas espadas.

-¿Cuánto me da por ésta pareja? –preguntó mientras se desabrochaba el cinturón.

-Déjeme ver –dijo el mercader tras cogerlas mientras las observaba con detenimiento- No tienen mal aspecto. Un poco sucias. Te doy diez monedas de oro.

-Algo más valdrán. Quince.

-Once.

-Catorce.

-Doce. Y no pienso subir más.

-Bueno. Doce estará bien.

-¿Cuánto vale ese turbante? –preguntó el veterano.

-Tres monedas de plata señor.

-Te doy dos.

-No es fácil desprenderle de su dinero, señor.

-No, no lo es. Venga, Diago, pruébatelo.

-¿Cómo me lo pongo?

-Ay. Espera, que te lo pongo yo.

Una vez concluida la labor el veterano y el mercader se quedaron mirando unos instantes al joven cuyos ojos eran lo único visible de su rostro.

-¿No irán a robar algo? –preguntó el mercader.

-No, tranquilo. ¿Qué tal le queda?

-Si le ven los guardias ahora igual le detienen.

-Eso mismo pensaba yo.

Cuentas pendientes
Martín Cativiela Calvo

- ¡No me jodas! –espetó Diago mientras se lo quitaba.
- Tranquilo, ni que te fueran a comer.
- No me apetece que me detenga la guardia.
- Así mal te veo.
- ¿Quieren algo más los señores?
- No, nada más. Venga, enano. Vamos a tomar algo.

- Ya está todo –comentó Jim mientras echaba un trago de buena cerveza.
- Todo lo fácil.
- Eso ya no es asunto mío.
- Mamón.
- ¿Alguna vez aprenderás a hablar bien?
- Lo dudo.
- Una buena chica es lo que tú necesitas.
- Si –dijo mientras su mirada se perdía en la cerveza.
- ¿Aún piensas en esa chica?
- Si.
- Pero si ni siquiera llegaste a saber su nombre.

Allí estaba ella. Allí arriba, mirándole fijamente. Pero no pudo, no pudo decirle nada. Al día siguiente ya era tarde.

-¿Crees...? ¿Crees que seguirá viva? –preguntó Diago todavía perdido en la espuma.

- Ni idea, aunque lo dudo.

Después del último comentario ambos quedaron un rato en silencio mientras iban vaciando sus jarras.

- ¿Preparado para lo que te toca?

-¿Eh? –masculló el novato mientras salía de su estupor- Si, tranquilo. No hay problema.

- ¿Tienes claro lo que hay que hacer?

-A ver, di.

-Primero, sólo vas a llevar la daga.

-¿Solo la daga?

-No vas a ir con esa espada por ahí.

-¿Qué problema hay?

-Pues es tan sencillo como que no te servirá de nada.

Diago dedicó un momento a masticar lo que había dicho su mentor hasta llegar a una conclusión razonable.

-Para el prelado no me hace falta y si me pillan los guardias me va a dar igual, ¿no?

-Bien, veo que te sabes la teoría. ¿Qué harás si te descubren?

-¿Antes o después de matar al prelado?

-Realmente dará igual.

-Entiendo. ¿Dónde llevo el puñal?

-Donde quieras. En la bota mismamente.

-Si. Ahí estará bien. ¿Y el turbante entonces?

-Para que si te descubren no se queden con tu cara. ¿Cómo me preguntas eso?

-No se. Igual había algo más.

-Ya me dirás tú el qué.

-¿Qué se vea que lo ha hecho alguien con turbante?

-Y decirles a los guardias que eres de Kushistán por si no queda claro lo de la daga.

-Así nos aseguramos.

-Que miedo da trabajar contigo.

-No se de que te quejas si al final sale todo bien.

-No será por ti.

-Pues por ti menos, mata-clientes.

-¿Hasta cuando seguirás con eso?

-Hasta que me muera.

-Eso podría ocurrir pronto.

Ante la última afirmación Diago no pudo evitar estallar en una sonora carcajada.

-¿Qué te hace tanta gracia? –preguntó Jim sorprendido.

-Sólo llevo un año contigo y ya me importan un pito esas cosas.

-¿No te importa morir?

-¿Y a ti?

-Prefiero vivir.

-Si me preocupo de si me van a matar o no lo único que voy a conseguir es que me maten.

-Suele pasar. Para ser tan zoquete te veo bastante espabilado.

-Que sepas que si soy un zoquete es porque eres un mal maestro.

-Y tú un alumno pésimo. Más te vale no echarte a reír esta noche.

-Al menos moriré entre carcajadas.

-Peores formas hay de morir.

-Tranquilo, ya verás como lo bordo.

-Ojala. ¿Sabes?, tienes el arrojo de tu padre.

-Así que ese fantoche poseía alguna virtud –comentó Diago borrando la sonrisa de su cara.

-Esa no es forma de hablar de un padre.

-Para ser un padre tendría que haber estado con nosotros.

-Tendría cosas importantes que hacer.

-¿Cuáles? –preguntó el novato- Nunca nos decía nada. ¡Nada! Que tenía que hacer cosas importantes. ¡Y vale! ¡Nada más!

-Si tanto le odias, ¿por qué vistes cómo él? Es más, yo diría que por lo menos la chaqueta es suya.

-Quieres que no por lo menos sabe cómo vestirse.

-Clásico y austero. Tenía su estilo.

-Ahora es mío.

-No creo que piense lo mismo.

-¡Pues que venga a reclamarlo! Sería un detalle por su parte. ¿Y tú no sabes que hace? ¿O es que llevas teniéndome todo este año en la inopia?

-No lo sé, te lo juro.

-Gregor es pues el que sabe algo, ¿no?

-Tal y como te dije.

-Entonces habrá que ir a verle.

-Podríamos.

-Quiero hablar con él.

-¿Te has dado cuenta de que estamos al lado de Lucrecio?

-Es verdad. Hace ya dos años que estoy fuera de casa.

-Tu madre te echará de menos.

-Seguro que me echa la bronca.

- ¿Por qué te va a echar la bronca?
-Porque le gusta gritar. Anda que no grita.
-A mí no me gritaba.
-Porque tú eras un invitado. Es cuando convives con ella cuando te grita.
-Vaya.
-¿No querrás desviarnos de Tol Rauko?
-Tranquilo, enano. Nos coge de camino. Primero vayamos a tu casa y después tomaremos rumbo a la isla de los templarios. Por mucho que te grite tu madre seguro que se alegra. Por cierto, ¿y tú hermano?
-Supongo que estará bien.
-¿No le echas de menos?
-Ni que se hubiera ido a vivir una vida de peligros. A menos que lo hayas mandado tú a alguna parte.
-Que yo sepa estaba estudiando, cosa que a ti no te gustaba.
-¡Eh! –exclamó Diago molesto- A mi me gusta aprender cosas, pero cosas que me gusten o me sirvan. En la escuela no había más que paja.
-Estuviste en la gran universidad, ¿no?
-Sí, de ayudante del conserje.
-¿Enchufe?
-Un poco. Vivía en mi pueblo. Y como vio que me gustaba aprender sobre temas inusuales convenció a mi madre de que me fuera a trabajar con él. Así aprendía lo que quería y además me ganaba un dinerillo.
-¿Y qué era lo que más te gustaba mirar?
-Temas bélicos.
-Ya me di cuenta de que te iba la guerra.
-De pequeño me veía dirigiendo a miles de hombres contra mis enemigos y conquistando todos los territorios que se abrían ante mí.
-Pues intenta no morirte antes de eso.
-Tranquilo, a mí no es fácil matarme.
-Eso ya lo descubrirás tú mismo. ¿Qué más mirabas?
-Un poco de todo. Historia, territorios, lo que me parecía interesante.
-Supongo que tenías mucho dónde mirar.
-Siempre había algo nuevo por descubrir.
-Y como te gustaba tanto la guerra te metiste al ejército.
-Más o menos.
-Bueno –dijo Jim mientras apuraba la cerveza- Va siendo hora de mover el culo.

La luz de la luna bañaba la mansión que se alzaba ante ellos, imponente incluso vista desde la parte de atrás.

- Tiene buen culo –comentó Diago.
-En serio, necesitas una mujer.
-Y tú casarte, siembra-bastardos.
-Ay, enano. Ya aprenderás en esta vida que la mayor estupidez que puedes cometer es atarte a una mujer.
-Jim, recuerda que empiezas a hacerte viejo.
-Eso es lo que tú te crees, mequetrefe.
-¿Por qué no me pongo la chaqueta?
-Porque está de más. Ahora tienes que ir lo más ligero posible.
-¿Y tú qué harás mientras?

Cuentas pendientes
Martín Cativiela Calvo

-Organizar un poco nuestro equipaje. Ahora que ya he arreglado la armadura y todo ya no tengo mucho de qué preocuparme.

-¿De mí quizás?

-Poco me importa si te mueres.

-Eso dices.

-Mira -dijo Jim moviendo la cabeza- Ahí está nuestra amiga.

Efectivamente, ahí estaba la muchacha, saliendo por la puerta de detrás y dirigiéndose a la puerta de la verja con un candil para abrirla.

-Ya es la hora –comentó Diago mientras salía de las sombras.

-No la cagues.

-Tranquilo, ese prelado no se va a librar de mí.